

Algunos relatos: "El mono"

Samuel Linares



Image not found.

Capítulo 1

El mono.

a los que están enganchados al tabaco no se los llama drogadictos, se los llama fumadores. a los que están enganchados al sexo no les llama drogadictos, se los llama maníacos sexuales. a los que están enganchados no se los llama drogadictos, se los llama trabajadores. a los que están enganchados al trabajo no se los llama drogadictos, se los llama honrados. a los que están enganchados a su familia no se los llama drogadictos, se los llama padres de familia. a los que están locos no se los llama propiamente locos, se los llama escritores.

parecía que todo el salón en el que llevaba habitando cerca de un mes estaba lleno de humo. todo el humo procedía de los cigarrillos que estaba fumando. los que imaginaba fumar, porque no los fumaba. todo se quedaba en mi mente. todo menos la psicosis. a los que están rehabilitándose del tabaco no se los llama exfumadores, se los llama neuróticos. y yo sentía esa psicosis. no se quedaba sólo en mi mente. la extrapolaba. se convertía en mi físico, desgarrado y delgado. se convertía en mal olor. hacía semanas que no me bañaba. mi mal aliento zumbaba entre todo el humo imaginario, y resaltaba porque era real. era demasiado real. había optado por intentar no oler. no me acostumbraba a mi propia pestilencia. dudaba de que me fuera a acostumbrar nunca.

había decidido dejar de fumar. era algo que tenía claro en mi mente. resaltaba porque era un pensamiento irreal entre un montón de cosas evidentes. la más evidente era que no iba a dejar de fumar. la causa de ésta era que no podía dejarlo. se convertía en mi locura. y mi locura se convertía en mis relatos, cada vez más ilegibles e infumables. fumar. lo necesitaba de veras.

el salón formaba parte de mi segundo piso. como mal escritor había recaudado el triple de dinero que como buen escritor. mis libros se compraban y se vendían sin ningún límite. la editora solía telefonar para

hablar conmigo. unas veces sobre las incomprensibles y exponenciales ventas y otras para charlar. la diferencia entre hablar y charlar la ponía ella nada más descolgaba el teléfono. si reía, quería charlar. había descubierto su vida. era aburrida. no me interesaba. ella no se daba cuenta. sólo charlaba y charlaba. tenía un gato. en algún momento me juré asesinar a ese gato delante de ella sólo para que dejara de hablar de él y sus temas de conversación se volvieran algo interesantes. la hostilidad posterior no formaba parte de mis pensamientos. era consciente, pero me daba exactamente igual.

por las noches solía despertar. era más fácil no fumar por las noches. dormía al rededor de dos horas cada veinticuatro. un día. esas dos horas eran mi noche. lo demás no era nada. no existía. mejor dicho, existía durante los pocos segundos de la amnesia tras el despertar. alguna parte de mi cerebro quería volver a una época pasada en la que escribía mal y fumaba bien. esa época en la que yo vivía y no desvivía. había cambiado de parecer. todo comenzó porque me empecé a sentir mal. pero sin fumar me sentía peor. una parte de mí se sentía mejor al escribir los relatos y los poemas que escribía durante el mono. eran relatos reales. poemas reales. sobre mí y sobre lo que me pasaba por la cabeza. las ideas que me escribía eran las que me empujaron a ser escritor. pero el lector promedio sólo quería historias baratas de fantasía sobre una niña con poderes telequinéticos o algo por el estilo. sobre magia. sobre malditos unicornios. escribí un párrafo entero matando a esos unicornios en un original. se lo envié a la editora con un cigarrillo en la boca. esa misma noche me llamó. me dijo que no podían publicarlo. borraron el párrafo. la historia perdía el sentido. a nadie le importó. gané más dinero del que cogía en un cheque. los cheques no tenían límite.

a menudo pensaba en el mono. tenía ciertas alucinaciones. el mono, en el sentido literal de la palabra, estaba sentado en una mesa. en el centro. había apartado las cosas. yo le ayudé. le hice hueco. me senté en el sofá y le observé. sus ojos no miraban nada, aunque se dirigía a mí. sacó un paquete de cigarrillos y comenzó a fumar. primero uno, luego otro, luego otro. ni siquiera los encendía. no imaginaba el fuego. el fuego era superficial. fumaba. veinte cigarrillos. el paquete entero. luego reía y desaparecía. me levantaba y ordenaba las cosas. luego dormía. despertaba y estaba de pie. me observaba. me pedía que le hiciera hueco. creí que estaba enfadado. una parte de mi cabeza quiso precipitarse y hacerlo rápido para que aquello no terminara en un enfado. otra sabía que no importaba. no era real. pero que no fuera real no significa que fuera irreal. le hice hueco y fumó otro paquete. luego no pude dormir. el mono

no volvió a aparecer.

realmente le eché de menos. tenía todas las noches a la editora calentándome la oreja a través del auricular. el teléfono era como un filtro que separaba todas sus palabras y las hacía menos irritables. si la hubiera tenido delante todas las veces que abría la boca para hablarme de alguna de sus estúpidas historias sobre editores aquello hubiera acabado en una tragedia. me había vuelto violento. era evidente. despertaba a veces por haber pegado un puñetazo en el suelo. o a la pared. otras veces tenía recuerdos extraños que confundía con la realidad y me atormentaban durante unos confusos minutos, hasta que me daba cuenta de la inverosimilitud de los hechos. en uno de esos sueños comenzaba a golpear a la editora con un original. luego con un teléfono. caía inconsciente. llevaba puesta siempre una blusa blanca. era una mujer joven. aquella blusa dejaba ver muchas cosas entre sus botones. dudaba realmente de que siempre los llevara así. quizá le gustara. a mí, en aquél sueño, poco me importaba. le desabroché la blusa y comencé a tocarle los pechos. despertaba. me veía. me golpeaba con el teléfono. una y otra vez. el mono observaba, fumando. luego ella fumaba. después me cabreaba con el mono y desordenaba mal la mesa. le hacía sitio, pero a regañadientes. no era real. no sonaba real. no podía coger en ninguno de mis relatos. soñaba despierto con ese suceso, me pareció especial.

soñé que estaba en un río. el mono estaba a mi lado. lo observábamos desde una valla metálica. por alguna extraña razón, no la tocaba. no quería sentirla. el tacto del metal me provocaba repulsión. nunca he sentido esa repulsión. tenía el mismo brillo que un mechero zippo. luego lo comprendí. yo tuve un mechero zippo una vez. hacía mucho tiempo de aquello pero todavía lo recordaba con una claridad especial. el mono estaba a mi lado. observábamos las aguas tranquilas. digo que las observábamos porque yo las observaba y el mono miraba hacia ellas. quizá fuera ciego y lo único que podía hacer era fumar. no se llama drogadictos a los amantes de la oscuridad, se los llama ciegos. pensé en esa frase mientras soñaba. el mono sacaba un cigarrillo y sin mirarme me ofrecía otro. lo cogí. desperté. ni siquiera me dio tiempo a encenderlo. no recordaba el cigarrillo. era un punto borroso en las manos del simio. sólo recordaba las aguas, tranquilas. demasiado tranquilas. quizá no fuera agua. sólo era un sueño.

el mono volvió a aparecer a los pocos días. parecía igual, pero fue diferente aquella vez. abrí los ojos y lo encontré frente a mí. justo cuando lo vi, cuando nuestras miradas se cruzaron, sonó el teléfono. siempre que

sonaba pensaba en ella, en la editora. me había acostumbrado a su monserga de esa manera. quizá debería haber desconectado el enchufe. pero nunca lo hice. me mantenía, en cierto modo, con vida. con esperanza. hay que aferrarse a algo de vez en cuando. no supe que hacer. tenía igual tendencia a contestar que a prepararle su sitio al mono. cogí el teléfono a la vez que desordenaba la mesa. la editora me preguntó qué hacía. no solía preguntar muchas cosas. no me solía dejar hablar. solía repetirme que amaba mi voz. era una estúpida. le dije que desordenar la mesa. me preguntó que para qué. "Pues para el mono. Le gusta fumar encima. Tengo que hacerle sitio. Si no se lo hiciera, no podría. Es una cuestión de cortesía. Quizá de miedo. Quiere fumar. Él quiere y yo no puedo. No ofrece. No le pido. Ni siquiera es real." al parecer, aquella respuesta le chocó un poco. le vino grande. se preocupaba realmente por mí. habló durante un rato más, más pausadamente, no hablaba de las mismas cosas. a veces se quedaba callada unos segundos hasta que recordaba otra de sus sandeces y las largaba sin gracia. normalmente tenía gracia. colgó antes de que empezara el tercer o el cuarto o el quinto cigarrillo. yo también colgué. lo observé fumar. aquella noche sí que pude dormir.

desperté porque llamaban a la puerta. había olvidado que tenía una puerta. haría unos dos meses que estaba allí metido. no pensaba tampoco en mí mismo ni en la calle. hacía días que no escribía. en algún momento solía escribir diariamente. a veces incluso varias obras. varias obras a la vez. tenía una capacidad voraz de repartir mi mente. el mono ocupaba muchas partes de mi cabeza. y allí estaba. lo descubrí sentado en el sofá, a mi lado. no era ciego. aquella vez sí que me miraba. yo estaba algo preocupado por el carácter de aquellos golpes. sonaban muy fuerte, sin entrecortarse. sin pausas. me miraba con ojos tranquilos, con un pitillo metido en la boca y un mechero en la mano. hizo un movimiento con la cabeza para que fuera a abrir. no era ciego. veía. veía y no le importaba ver. me quedé más tranquilo en cierto sentido. me levanté y abrí la puerta. era un hombre. le había visto antes. el secretario de la editora. de eso le recordaba. cuando iba a entregar los originales él siempre estaba sentado, tecleando. tecleaba rápido. escribía mucho. pero decía muy poco. sentía cierta simpatía hacia él. había formado una quimera en mi cabeza, en la que él era tan desdichado como yo. un escritor vendido. un escritor comprado. miles de veces. miles de postores. miles de cartas de agradecimiento de fanáticos de obras cutres y malogradas. me observaba preocupado. me preguntó qué hacía. le dije que dormir. la editora, al parecer, estaba preocupada porque llevaba algún tiempo sin pasarme por allí. le cerré la puerta en los morros. el mono me observó rió. creo que era un chimpancé. los chimpancés reían. aquellas carcajadas no eran de un chimpancé. eran humanas.

al día siguiente volvieron a llamar. esta vez era la editora. observé su cuerpo por la mirilla. no le abrí. esperé pacientemente a que se fuera. le hice sitio al mono. fumó. le vi fumar. seguía teniendo unas horribles ganas de ser como él. sentía envidia. aquella fue la primera vez que me levanté mientras fumaba. le miré. le pedí un cigarrillo. parecía que volvía a ser ciego. se lo volví a pedir. se lo intenté quitar. me pegó tan fuerte que caí al suelo. desperté porque llamaban a la puerta. era la editora otra vez. preguntaba en voz alta, tras la puerta, si estaba bien. contesté que sí. soné moribundo. sólo sirvió para empeorar más la situación. el mono volvía a reír. grité que se callara. la editora pensó que se lo decía a ella. se fue, indignada. por alguna razón me importó. era lo primero que me importaba en muchísimo tiempo. fui hacia el mono, como un energúmeno, y le quité un cigarrillo. parecía que tenía miedo. le había asustado. aquello me reconfortó. le cogí el mechero y empecé a fumar. fue igual que un orgasmo tras meses de sequía sexual. volvía a ser un drogadicto. pero fuera, en la vida real, me llamarían fumador. tan sólo eso. aquello era irreal. no existía. podía haber hecho lo que quisiera. podía haber hecho desaparecer al mono y haber escrito un relato sobre él, con párrafos largos y vocabulario corto. pero no era mi intención. comencé a golpearle cuando terminé el cigarrillo. sujetaba el paquete con fuerza. creo que lo maté.

abrí la puerta, vestido y con un puñado de papeles en la mano. era mi original. un conjunto de relatos. todos hablaban del mono y de la editora. salí de mi casa, oliendo a colonia y no a la basura que era. me encantaba disfrazarme. me sentía igual que el mono, expulsando humo por la boca. fui a la editorial y me puse frente a la editora. pareció no reconocermelo. ni un atisbo de mi persona en sus ojos. le di el original. por la noche me llamó. no quería publicarlo. decía que era pésimo incluso para mí. tal vez no estuviera tan loco. no volvió a llamar jamás.